

La nueva voz de EE. UU.

CARLOS NADAL

LA VANGUARDIA, 15.02.09

Como carta de presentación para su primera visita a Europa a principios de mes, el vicepresidente norteamericano Joe Biden llevaba una expresa voluntad: cambiar de tono respecto a la época presidencial de Bush. Así lo afirmó en Munich el día 7 en el curso de la Conferencia de Seguridad allí convocada. Oficialmente iba Biden al corazón de Europa en nombre del presidente Obama, pero aportando todo el peso de su pasada trayectoria personal como uno de los más prestigiosos senadores de Estados Unidos. Biden era el mejor mensajero de un presidente del que se espera una rectificación del rumbo -en tantos aspectos lamentable- que Bush dio a la política exterior norteamericana.

En contraposición al que fue vicepresidente Dick Cheney, por su historial político el vicepresidente Biden parece ofrecer garantías de responsabilidad y ponderación. Es la impresión que causó en el foro de Munich, donde la expectativa era grande en un auditorio donde no sólo los aliados europeos esperan cambios en el comportamiento de Washington sino también Rusia, Irán o el amplio mundo musulmán que tan afectado está por los conflictos de Palestina, Iraq o Afganistán.

Bush ha dejado a Obama una herencia difícil de administrar. ¿Fue Biden a Munich con los brazos abiertos, plenamente disponible para la búsqueda de entendimientos, con la oferta de que han acabado en Estados Unidos los vicios de la prepotencia, de la actuación unilateral, de la instrumentalización ideológica de las relaciones internacionales? Sí y no.

Una gran potencia como Estados Unidos se mueve de acuerdo con unas cuantas líneas maestras en su política exterior. Suele cambiar a veces la forma, no tanto el fondo. Por lo menos, no de una manera brusca como se hizo respecto a la guerra de Vietnam en los años setenta del siglo XX. Hasta los errores cometidos exigen una corrección cautelosa, muy medida, atenta a los imprevisibles que la manera de hacerlo puede comportar.

Biden habló ciertamente en Munich de disposición a escuchar, a dialogar, a buscar el consenso. Todo quedaba disponible a nuevas formas de tratamiento. Nada cerrado de antemano. Pero a la vez el vicepresidente norteamericano dejaba claro que su país se reservaba otras opciones. Veamos: Estados Unidos quiere acabar con la propensión a la unilateralidad, pero si este camino se muestra intransitable, en la Casa Blanca buscarán los propios atajos. Pueden, por ejemplo, tener en cuenta las negativas rusas a que se instale en Chequia y Polonia un sistema antimisiles, pero para hacerlo uno contarán también consideraciones de eficacia y coste. En principio hay buena disposición a tratar con Irán, si bien que este país siga trabajando por tener armas nucleares y mueva los hilos de grupos radicales islamistas como el Hizbullah libanés y el Hamas palestino son obstáculos prácticamente insalvables. Es hora de borrar los malentendidos entre Estados Unidos y los aliados europeos, pero estos deben disponerse a participar más activamente en la cada vez más costosa y peligrosa empresa militar de Afganistán.

En el trasfondo del mensaje de Biden están las palabras de Obama en el discurso de juramento de la presidencia el 20 de enero. Aquello de que "estamos dispuestos a asumir de nuevo el liderazgo". Lo cual es, poniendo por delante la propuesta de una "nueva era de

responsabilidad", el eco remodelado, atenuado, del "destino manifiesto" que se atribuye la tradición estadounidense. No se trata de pura retórica. Obama nada teme tanto como que se le pueda acusar de tomar los derroteros del revisionismo propio del ala demócrata liberal izquierdista. Esto se hace patente en los sinuosos vericuetos que sigue para enfrentarse al desastre económico, pisando con extrema cautela la erizada frontera entre el intervencionismo federal y el respeto a las leyes de la economía de mercado.

Y en la política exterior ocurre lo mismo. Los explosivos paquetes que le ha dejado Bush están ahí, con su concreto, ineludible apremio: Iraq, Afganistán, Irán; la Rusia de Putin, celosa en su condición de imperio mutilado; el mundo musulmán, al que Biden dedicó en Munich palabras de comprensión y acercamiento contrarias al "choque de civilizaciones" para distinguirlo de "la red de violencia y odio" de que habló Obama en su primer discurso presidencial.

Cada caso exigirá un tratamiento adecuado. Vale el principio de juego limpio, de transparencia. Pero sobre el terreno cuenta la necesidad de ir paso a paso. Obama apuesta por la vuelta a la diplomacia de alta calidad. Los nombramientos de Richard Holbrooke para ocuparse de Iraq-Afganistán y el ex senador George Mitchell para Israel-Palestina son un buen ejemplo. Pero está claro que la acción militar se considera imprescindible en el caso afgano.

La presencia de Biden en Munich ha abierto perspectivas bien acogidas de que comienza en la Casa Blanca una manera de hacer distinta de la seguida durante los dos mandatos de George W. Bush. Ya es mucho. Luego, la realidad tendrá la palabra.